



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Fiorucci, Flavia

Los escritos y la SADE. Entre la supervivencia y el antiperonismo : los límites de la oposición (1946-1956)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Fiorucci, F. (2001). Los escritos y la SADE. Entre la supervivencia y el antiperonismo: los límites de la oposición (1946-1956). *Prismas*, 5(5), 101-125. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2683>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Los escritores y la SADE.

*Entre la supervivencia y el antiperonismo:
los límites de la oposición (1946-1956)**

Flavia Fiorucci

University of London

“Claro que, como sociedad, los escritores no somos un modelo. ¿No?... Vanidosos, envidiosos... Es muy desagradable la sociedad literaria, ¿no?” (Adolfo Bioy Casares, en Fernando Sorrentino, *Siete Conversaciones con Adolfo Bioy Casares*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992, p. 121.)

“Les écrivains n'échappent pas à la logique des luttes et des réglemens de compte qui semble être le lot de toute communauté en proie à une crise de ce que Durkheim appelait la conscience collective. Mais la guerre des écrivains n'est pas le pur reflet de la guerre civile. Comme tout univers professionnel, le monde littéraire a ses codes, ses références, ses règles du jeu et ses principes de divisions propres.” (Gisèle Sapiro, *La guerre des écrivains, 1940-1953*, Fayard, París, 1999, p. 11.)

Tanto los historiadores como los propios actores de la primera década peronista coinciden en afirmar que el antiperonismo fue la nota común entre la intelectualidad. Con excepción de una fracción marginal de intelectuales, todos ellos identificados con algunas de las distintas versiones del nacionalismo local, los intelectuales estuvieron en contra de la “revolución” propuesta por el general Perón. Pero a pesar de esta posición hegemónica, el antiperonismo intelectual permanece como una categoría vaga, imprecisa. Antiperonista era todo aquel que se oponía a Perón, pero así como había distintas formas de ser peronista, también debería haber distintas formas de ser antiperonista. Esas diversas formas vehiculizaban distintos roles para el intelectual. De alguna forma, la politización del campo intelectual argentino que se había dado entre la década de 1930 y la de 1940 había hecho del “intelectual comprometido” —aunque a veces los mismos protagonistas lo negaran— el tipo corriente entre la inteligencia del país. Era clara una idea de compromiso ligada a la defensa de las libertades y de los valores de la civilización y la democracia. Más allá de contadas autocríticas, a la distancia los intelectuales se construyeron una historia en que la defensa de ese “compromiso” fue el principio que los guió en los “duros días” del peronismo en el gobierno. La imagen ma-

* El presente trabajo es parte de una tesis doctoral en curso en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres.

chacada después de la Revolución Libertadora fue la de una intelectualidad “asediada por el tirano”, que emulando la tradición de la Generación del ’37 –de la cual se sentían herederos– había constituido el núcleo de la resistencia.

De más está decir que el período del primer peronismo no fue propicio para las actividades de la cultura. Sin embargo, la imagen autoconstruida por la inteligencia dista de ser completamente real. Este trabajo intenta explorar el antiperonismo de una asociación (la Sociedad Argentina de Escritores) que se postulaba como la representante de los escritores argentinos. La SADE no era otra cosa que el gremio de los escritores, la voz autorizada que hablaba por los intereses de este grupo.¹ Aunque olvidadas por la historia cultural, las “instituciones de la vida literaria”² –como las denomina Alain Viala– constituyen un punto de referencia privilegiado para estudiar la intersección entre el campo literario y el mundo social y político que las rodea. Su rol es crucial en la definición de la relación que se establece entre el espacio literario y el poder político. Según varios testimonios, la SADE fue una de las pocas tribunas que durante los dos primeros gobiernos de Perón lideró un antiperonismo militante que, en la visión de estos escritores, es presentado como “heroico”. Así, Jorge Luis Borges, presidente de la SADE entre 1950-1953, afirmó que la institución “fue uno de los pocos bastiones contra la dictadura”.³ El crítico literario Roberto Giusti no se queda atrás en su intento por dotar a la asociación de escritores de un pasado “gloriosamente antiperonista”; según él, “las escritoras y los escritores agrupados en la SADE fueron fieles a su deber, muy pocos se dejaron sobornar por la tiranía”.⁴

El presente trabajo intenta responder qué significó ser antiperonista en el mundo de los “escritores”. ¿Por dónde discurrían los límites de esta posición? ¿Qué significaba en el plano institucional esta postura? En síntesis, ¿cuál fue la estrategia de “oposición” de la Sociedad de Escritores a un gobierno que desde sus inicios rechazaban? Y, por último, analizar cómo el antiperonismo reestructura el lugar de la SADE en el campo intelectual y político del país, tanto durante los años en que Perón presidió el gobierno como luego de producida la Revolución Libertadora.

De los intereses gremiales a la política

La Sociedad Argentina de escritores, conocida como SADE, nació a fines de la década de 1920 (exactamente en el año 1928) a partir de la iniciativa de un grupo bien heterogéneo de escritores, tanto en términos políticos como artísticos, preocupados por las necesidades de un gremio carente de todo tipo de representación política.⁵ El modelo de la institución era –en palabras

¹ La SADE es una asociación que se propone la defensa de los intereses individuales de sus miembros. Intenta reemplazar la protesta del escritor aislado por una protesta unificada, coherente y más poderosa, dotada de la legitimidad que le otorga el grupo en su conjunto. A través del mecanismo de la delegación, las comisiones directivas de la institución pueden presentarse como la voz de los escritores, lo que no quiere decir que en el transcurso de la producción de esa voz no se produzcan disputas.

² Citado por Sapiro, *La guerre des écrivains, 1940-1953*, París, Fayard, 1999, p. 16.

³ Jorge Luis Borges con Norma Thomas di Giovanni, *Autobiografía. 1899-1970*, Buenos Aires, El Ateneo, 1999, p. 122.

⁴ Roberto Giusti, *Visto y vivido*, Buenos Aires, Ediciones Theoria, 1994, p. 34.

⁵ La lista de los fundadores está formada por 14 escritores de distintas filiaciones, tanto política como artística. La integran: Jorge Luis Borges, Carlos Alberto Leumann, Enrique Banchs, Roberto F. Giusti, Pedro Miguel Obligado,

de sus fundadores— la *Société de Gens de Lettres* francesa que desde 1837 congregaba en su seno a los grandes de la literatura de aquel país con fines de “solidaridad profesional”.⁶ Con ese ideal, la SADE se consumó simplemente con el afán de unir fuerzas para luchar por los derechos de los escritores argentinos. La asociación estableció límites claros: las discusiones políticas o estéticas estaban fuera de su ámbito. Tal como Roberto Giusti —uno de sus fundadores y dos veces presidente de la institución postulaba en el primer congreso realizado por ésta:

El arte es una obra individual y no necesitamos asociarnos para buscar nuestras propias verdades poéticas o humanas. [...] Cada uno de nosotros, cuando no prefiere mantenerse ajeno a la lucha, ha elegido donde sostenerlas: el partido político, la asociación militante, la tribuna, el periódico, el libro.⁷

La SADE entonces no sólo carecía de una identidad política o artística sino que hacía de esta “neutralidad” uno de sus más caros principios. El apoliticismo debía desdibujar las luchas políticas reservadas para otros foros y lograr así la creación de una verdadera entidad gremial. Claramente esta posición es la que puede explicar la extraña combinación de nacionalistas, liberales, socialistas y comunistas en la fundación de la SADE. El polémico escritor nacionalista Leopoldo Lugones —uno de los animadores más importantes de la Sociedad de Escritores en los primeros días de esta institución— dejó establecido claramente cuál era el sentido de esta postura cuando intentó convencer al fundador del Teatro del Pueblo (Leónidas Barletta) de que ingresara en la asociación. Según Lugones, en la SADE: “No se trata de pelear entre nosotros. Mantengamos cada uno nuestras propias ideas, afirmemos nuestras convicciones, pero por encima de ella luchemos juntos para defender los intereses del escritor, por crear una conciencia profesional”.⁸

Es sabido que a partir de la década de 1930 la sociedad argentina estaba dividida por conflictos ideológicos irreconciliables, producto entre otras cosas de las lecturas domésticas de la Guerra Civil Española y luego de la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto que la inteligencia argentina no era ajena a este debate. Partidarios de ambos bandos convergían en los ámbitos intelectuales del país. De ese modo, sin respetar matices los intelectuales quedaban divididos y rotulados en “democráticos y fascistas”. De un lado estaban todos aquellos contrarios al fascismo (comunistas, socialistas, liberales, conservadores, situados todos en la llamada “franja democrática”), partidarios primero del bando republicano y luego de los países aliados. Del otro lado estaba el sector nacionalista local, que aunque tampoco constituía un grupo homogéneo en términos de sostener una posición ideológica compacta y armónica, era rotulado como el seguidor doméstico del fascismo. Por supuesto que las etiquetas provenían del lado “autodenominado bando democrático”, claramente hegemónico dentro de las filas intelectuales del país. Aunque demasiado simplistas, los rótulos trazaban claros límites dentro del campo intelectual argentino. Espacios culturales que hasta la Guerra Civil Española habían si-

Alberto Gerchunoff, Augusto Rodríguez Larreta, Leopoldo Lugones, Samuel Glusberg, Horacio Quiroga, Arturo Giménez Pastor, Arturo Capdevila, Alvaro Melián Lafinur y Rómulo Zabala. Véase “SADE. El acta de su fundación”, en *Mundo Literario*, año 1, No. 1, marzo-abril de 1996, p. 8.

⁶ Citado por Sapiro, *La guerre des écrivains...*, cit., p. 50.

⁷ Roberto Giusti, “El Primer Congreso de los Escritores Argentinos”, en Roberto Giusti, R. A. Arrieta, *La profesionalización de la crítica literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980, p. 161.

⁸ Citado por Raúl Larra, *Leónidas Barletta. El hombre de la campana*, Buenos Aires, Ediciones Conducta, 1978.

do compartidos entre “nacionalistas” y “democráticos” eran desde ese momento la tribuna exclusiva de uno u otro bando. Así por ejemplo la revista *Sur*, foro autorizado de la actividad cultural del país, dejó de aceptar desde 1936 colaboraciones de escritores nacionalistas.⁹ La intelectualidad vernácula percibía que en el mundo se estaba librando una batalla entre el sistema democrático y el fascismo y que la Argentina no era ajena a esta lucha, por lo que los nacionalistas no podían seguir siendo considerados aliados.

La SADE reunía intelectuales pertenecientes tanto a la llamada franja democrática como otros etiquetados como “nacionalistas o fascistas”. Si bien es cierto que durante la década de 1930 dentro de la SADE se produjeron disputas entre estos dos bandos por la hegemonía de la asociación, hacia afuera la SADE continuó sosteniendo la postura “principistamente apolítica”. Fue en este decenio que la institución llegó a consolidarse y comenzó a ejercer una gravitación cada vez más importante en el campo cultural de la nación. Prueba de la madurez de la asociación fue la organización a su cargo de los dos primeros congresos de escritores del país en las ciudades de Buenos Aires y Córdoba en 1936 y 1939, respectivamente, que congregaron más de un centenar de escritores. Aún después del desencadenamiento de la Guerra Civil Española, en momentos en que el bando “democrático” era claramente mayoritario en la SADE, la postura oficial de la institución –mantener una posición neutral frente a los acontecimientos políticos– se mantuvo, al menos hacia al exterior, a pesar de que las luchas internas por la hegemonía se intensificaron.¹⁰ Los mismos intelectuales que fuera de la SADE lideraban la lucha contra el “fascismo local” no hacían de la SADE la tribuna de sus propias creencias personales y compartían la institución con sus enemigos de afuera.¹¹

⁹ John King, *Sur. Estudio de la revista y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*, México, FCE, 1989, p. 97.

¹⁰ Un momento claro en que se discute esta postura es cuando varios conocidos escritores nacionalistas intentan ingresar en SADE alrededor del año 1938. Pero a pesar de esta resistencia interna y mientras las diferencias dentro de la inteligencia argentina por sus posiciones divergentes frente a la Guerra Civil Española se acrecentaban, los nacionalistas consiguieron asociarse a la institución y ver sus nombres publicados en el *Boletín de la SADE* de ese año, hecho que no hubiera sido posible en otras asociaciones intelectuales. Como se mencionó en la revista *Sur* (de la que muchos miembros de la SADE eran asiduos colaboradores) desde 1936 no se aceptaban notas de escritores nacionalistas. Los escritores nacionalistas que ingresaron a la institución en 1938 eran conocidas figuras del nacionalismo local, entre otros: Mario Amadeo, Julio y Roberto Irazusta, Ernesto Palacio y Manuel Peyrou (*Boletín de la SADE*, julio de 1938). La resistencia al ingreso de los nacionalistas está referida en una carta de Manuel Gálvez a Roberto Giusti, en Manuel Gálvez, *Archivo Manuel Gálvez*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, s/f. En sus memorias Manuel Gálvez también hace referencia a los conflictos provocados por el ingreso de estos escritores a la SADE. Véase Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Hachette, 1965. Para una exposición detallada de la década de 1930 en SADE véase Jorge Nallim, “Escritores y política: el caso de la SADE, 1928-1946”, trabajo presentado en el seminario “Ideas e intelectuales en el siglo XX: Argentina y América Latina”, Universidad de San Andrés, 10 de agosto de 2000.

¹¹ Varios de los intelectuales miembros de SADE eran también partidarios de asociaciones locales que defendían la causa republicana en la Guerra Civil Española. A principios de agosto de 1936 muchos de ellos firmaron un manifiesto en este sentido publicado en el periódico *La Vanguardia*. Entre los firmantes se encontraban, entre otros, Jorge Luis Borges, Alejandro Korn, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo, Emilio Ravignani, Conrado Nalé Roxlo y Alfonsina Storni. Pese a su intento por mantenerse en un comienzo al margen del conflicto, la revista *Sur* se vio obligada luego a participar, a su modo, en la contienda, particularmente a partir del asesinato de Federico García Lorca. Existieron otras organizaciones que también agruparon a los partidarios de la causa republicana: *Junta de Amigos de la República Española*. Entre los participantes del ámbito de la política encontramos, sólo por mencionar a algunos, a Mario Bravo, Marcelo T. de Alvear, Américo Ghioldi, Crisólogo Larralde, Julio Noble y Alfredo Palacios. Véase *La Vanguardia*, 16 de agosto de 1936, citado en Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, y John King, *Sur. Estudio de la revista...*, citado.

Al inaugurarse la década de 1940, pese a que el “apoliticismo” era una nota esencial de la identidad de la SADE, ésta fue abandonada como línea rectora de la política de la institución. La asociación experimentó desde entonces un marcado proceso de “politización” que claramente puede interpretarse como el resultado de esa lucha interna iniciada en la década de 1930.¹² Desde principios de 1940, fruto de la virulencia con que la Segunda Guerra Mundial influyó sobre la inteligencia argentina, los cuestionamientos al “apoliticismo” dentro de la sociedad de escritores se hicieron más frecuentes y más significativos. Ciertos escritores reclamaban a la asociación una toma clara de posición en defensa de la democracia y en contra de la política de neutralidad mantenida desde el gobierno respecto de la guerra mundial.¹³ El “apoliticismo” era por otra parte puesto en tela de juicio como una actitud inmoral en aquel contexto.¹⁴ Para la SADE, que albergaba en su seno a varios renombrados escritores nacionalistas, una toma de posición así no podía ser asumida sin costos. La misma iba a alienar a una parte de sus asociados, que no sólo apoyaban la neutralidad sino que además mantenían sus reservas respecto del sistema democrático, y, por otro lado, ella era contraria al “espíritu apolítico” con que la asociación había sido fundada.

Si es posible poner una fecha definitiva a la toma de posición de la SADE como tribuna de la inteligencia democrática ésta se produce en 1941, en el tercer Congreso de Escritores, celebrado en la ciudad de Tucumán. En el mismo la SADE publicó un manifiesto en contra de los regímenes de fuerza y a favor del sistema democrático,¹⁵ que inauguró una tradición de pronunciamientos públicos realizados por la institución durante varios años. La posición democrática fue presentada en ese entonces como una elección natural dado que era la única que permitía desarrollar los valores de la civilización, entre ellos el desarrollo cultural, que sólo ella podía propiciar. Desde el pronunciamiento del Congreso de Tucumán la SADE no puede ser ya considerada el espacio neutral soñado por Lugones. Aunque la institución seguía abierta a cualquier escritor siempre y cuando éste aceptara las ideas de la Comisión Directiva, y aunque la mayoría de los nacionalistas permanecieron en ella, salvo contadas excepciones, el aполiticismo había sido claramente abandonado: a partir de Tucumán la asociación de escritores comenzó a hacer públicas sus opiniones sobre el curso de la política local. La razón de la politización de la SADE reside en la percepción de amenaza. La Segunda Guerra Mundial tuvo un impacto enorme en la visión de la inteligencia argentina, por lo cual incluso el contexto local pasó a ser leído con la matriz con que se interpretaba el conflicto mundial: una lu-

¹² Las décadas de 1930 y 1940 quitaron vigor a las disputas –hasta entonces comunes en el mundo literario local– por cuestiones de escuelas estéticas o estrictamente literarias, que fueron reemplazadas por cuestiones políticas, lo que es equiparable a lo ocurrido algunos años antes en algunos países europeos como Francia, donde claramente hacia 1930 el mundo literario estaba completamente politizado. Según Sapiro, en el caso francés las razones de esta politización tienen que ver con la aparición de una nueva generación literaria en el contexto de la Primera Guerra Mundial y por supuesto más tarde la crisis que supone en el mundo europeo la Segunda Guerra Mundial. En el caso argentino, la politización no sólo tiene que ver con estos conflictos, sino también con la forma en que ellos modificaron la lectura de los acontecimientos internos. Para los escritores e intelectuales argentinos, el mundo entero estaba inmerso en la lucha abierta por las guerras y la Argentina vivía una forma local de lucha entre fascismo y democracia. Gisèle Sapiro, *La guerre des écrivains...*, citado.

¹³ SADE, Acta No. 228, 31 de julio de 1940; SADE, Acta No. 229, 7 de septiembre de 1940.

¹⁴ Frente a la guerra mundial el gobierno argentino mantiene hasta prácticamente los últimos días del conflicto una posición de neutralidad, lo que era leído por los opositores como una posición a favor de las potencias del eje y de los regímenes autoritarios que éstas sostenían.

¹⁵ Véase Sociedad Argentina de Escritores, “III Congreso de Escritores-Tucumán, 1941”, en SADE, *Resoluciones, Declaraciones y Conferencias*, Buenos Aires, SADE, 1941.

cha entre fascismo y democracia. La neutralidad sostenida por el gobierno argentino primero y los desarrollos posteriores al golpe del '43 luego –como la introducción de la religión católica en las escuelas, la cesantía de profesores, el protagonismo de ciertos nacionalistas en puestos claves del gobierno, entre otras cosas– llevaron a estos intelectuales a percibir que la misma lucha se estaba dando en el país. Ante tal contexto la institución de los escritores no podía permanecer pasiva. Hasta 1945, año clave en que los conflictos adquirieron un nuevo significado, la politización de la institución seguiría el curso de los acontecimientos políticos tanto nacionales como internacionales.

El peronismo: el abandono del compromiso

Si bien no es correcto considerar los años que preceden a Perón sólo como el prelude de la llegada de éste a la escena nacional, es claro que los acontecimientos de ese período influyeron en las lecturas posteriores del fenómeno peronista. En 1945, y siguiendo la línea adoptada en Tucumán, la SADE intensificó su cruzada antinacionalista y dentro de la asociación comenzó a discutirse la posibilidad de expulsar a los escritores nacionalistas. Para ese momento existía dentro de ella algo así como una línea jacobina que no estaba dispuesta a aceptar ningún tipo de “convivencia” con los nacionalistas –que aún permanecían en la sociedad–, entre ellos renombrados escritores como Leopoldo Marechal o Manuel Gálvez. El “bando jacobino” –liderado entre otros por un escritor defensor del lunfardo como Juan Carlos La Madrid–¹⁶ no sólo demandaba la expulsión de los nacionalistas sino que postulaba que la adhesión a los principios democráticos debía ser un requisito para ingresar a la asociación. También se discutió la posibilidad de cambiar el nombre de la agrupación por Sociedad de Escritores Democráticos. La propuesta era rechazada por un amplio sector entre los que se contaban el presidente en aquel momento de la institución, Ezequiel Martínez Estrada, que cuestionaba básicamente el carácter antidemocrático de tales resoluciones.¹⁷

Mientras la SADE se encontraba inmersa en la discusión sobre la conveniencia o no de expulsar a los nacionalistas de las filas de la institución, se suceden los acontecimientos que concluyeron en la marcha de los trabajadores hacia la Casa Rosada el 17 de octubre de 1945, de los que Perón emergió como un claro candidato presidenciable. La Sociedad Argentina de Escritores llega a las postrimerías de estos acontecimientos como una institución claramente politizada embarcada en una cruzada en defensa de la democracia contra los embates del nacionalismo y sumida en un conflicto interno que refleja las divisiones de toda la inteligencia argentina de ese momento. Hasta ese entonces el coronel Perón era para los escritores “demo-

¹⁶ En su vida personal La Madrid parece haber sido amigo de varios nacionalistas, como lo prueban los elogios que Hipólito Paz le dedica en sus memorias. Véase Hipólito Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Buenos Aires, Planeta, 1999, p. 349.

¹⁷ La discusión implicaba un debate sobre los límites de la politización que la institución podía o debía adoptar. Luego de un largo debate, la Comisión Directiva acordó designar una comisión para investigar a los escritores nacionalistas y/o peronistas. La disparidad de criterios alrededor del tema hizo que la designación de sus integrantes fuera más que difícil. Finalmente, la misma quedó conformada por: Eduardo Gonzáles Lanuza, Enrique Amorin, Conrado Nalé Roxlo, Juan Carlos La Madrid y Roberto Giusti. Aun Roberto Giusti –un antinacionalista militante– intentó excusarse de integrar la comisión. Véase SADE, Acta No. 392, 7 de septiembre de 1945; SADE, Acta No. 399, 23 de noviembre de 1945, y SADE, Acta No. 400, 7 de diciembre de 1945.

cráticos” de la asociación un miembro más del gobierno inaugurado en junio de 1943 que –aunque la institución había apoyado en un principio– pronto les había demostrado sus claras filiaciones fascistas a través de una política que, entre otras cosas, continuaba manteniendo la posición de neutralidad. Poco después del golpe de junio del ’43 la sociedad de escritores se había convertido en una oposición “vociferante” al gobierno, al que le reclamaba en un manifiesto público de 1945: “el restablecimiento de las garantías constitucionales y el imperio de la ley, para desterrar los regímenes de fuerza y sus ideas contrarias a la civilización”¹⁸ en el país. Era claro que la postura oficial de la SADE frente al peronismo ya estaba decretada. Perón caía dentro de todas las categorías posibles que hacían de él un nacionalista: era católico, tenía contactos con grupos nacionalistas y había sido un protagonista central del gobierno de 1943.

Pero si la lógica de los acontecimientos hacía del antiperonismo de la SADE algo completamente predecible, no ocurriría lo mismo con las consecuencias que los diez años de gobierno de Perón tendrían sobre la asociación de escritores. La consecuencia directa de la elección de Perón como presidente fue “desacelerar” el ciclo de la politización iniciado por la Segunda Guerra Mundial: el peronismo convirtió a la política en un tema marginal dentro de la institución. El 17 de octubre es ignorado deliberadamente, mientras que la medida tomada por la institución frente a la situación política es suspender todos los actos públicos programados.¹⁹ Otro tanto ocurre con las elecciones de febrero de 1946. El mismo debate sobre la expulsión de los escritores nacionalistas se acalla dado que los miembros de la comisión que habían sido elegidos para decidir la suerte de los nacionalistas se rehúsan a conformarla.²⁰ Del mismo modo, aunque la SADE decide formar parte del mitin de la Unión Democrática (la alianza en contra de la candidatura de Perón) lo hace con la expresa prohibición de ejercer cualquier cargo dado que el estatuto de la asociación vedaba las actividades políticas.²¹

La actitud “silenciosa” asumida frente al peronismo contrastaba con la tradición de manifiestos públicos que la institución había publicado desde 1941. Esta situación no dejaba de sorprender si se tenía en cuenta que la asociación se había politizado deliberadamente –yendo incluso en contra de los principios con que había sido fundada– porque había percibido que los valores de la misma civilización estaban en riesgo: ¿por qué entonces “calla” cuando estos valores están en un riesgo aún mayor? Si el peronismo era una variación local del “nazismo”, como lo había calificado Jorge Luis Borges en uno de los encuentros de la asociación en 1946: ¿por qué la sociedad de escritores no realizó ningún pronunciamiento frente a la llegada de Perón? En síntesis, ¿por qué no hubo una condena pública del régimen peronista? Es claro que este proceso de “despolitización” no significaba una vuelta a la postura principista-mente apolítica de la década de 1930. En el nuevo contexto, la institución no reivindicaba esta postura como lo había hecho anteriormente. Si la política era ignorada no lo era ahora por una cuestión de principios.

A partir de octubre de 1945 y hasta 1955 el devenir político del país dejó de ser una materia sobre la cual la sociedad de escritores se manifestara a la opinión pública del modo en que lo hacía en los primeros años de la década de 1940. Durante ese período la política sólo

¹⁸ SADE, Acta No. 375, 27 de marzo de 1945, p. 104.

¹⁹ SADE, Acta No. 396, 19 de octubre de 1945; SADE, Acta No. 397, 29 de octubre de 1945.

²⁰ SADE, Acta No. 399, 23 de noviembre de 1945; SADE, Acta No. 400, 7 de diciembre de 1945.

²¹ SADE, Acta No. 400, 7 de diciembre de 1945.

reapareció en el centro de las preocupaciones de la institución cuando se producía un ataque directo a la asociación de los escritores.²² Dentro de ese marco, la lógica del antiperonismo dentro de SADE estuvo marcada por dos variables: el contexto y los hombres. Es decir, en primer lugar fue la misma administración del gobierno de Perón la que marcó el tono del antiperonismo y por otro lado también fueron las distintas comisiones directivas que pasaron por la institución durante esos diez años las que dieron matices distintos a su antiperonismo. En términos estrictos, fueron seis las comisiones directivas que dirigieron la sociedad bajo el gobierno de Perón. Las comisiones directivas eran elegidas por dos años en asambleas generales a través del voto de los asociados. Fue Ezequiel Martínez Estrada el primer presidente de SADE bajo el peronismo, seguido por Leónidas Barletta en julio de 1946. De ahí en más se sucedieron: Carlos Alberto Erro (1948-1950), Jorge Luis Borges (1950-1953), José Luis Lanuza (1953-1955) y Vicente Barbieri (1955-1956).

Los hombres y el contexto

Como ya se ha mencionado, la aparición del peronismo no suscitó reacciones expresas en la SADE; lo que sobresalió entonces en ese contexto fue la ausencia de una interpretación, de un manifiesto, de una opinión, situación que contrastaba claramente con lo que la institución venía haciendo hasta entonces. En un reportaje realizado varios años después al escritor Adolfo Bioy Casares, éste criticó a su par Ezequiel Martínez Estrada por haber evitado una condena pública del peronismo desde la asociación.²³ La presidencia de Martínez Estrada tampoco resolvió el conflicto con los nacionalistas, que terminó solucionándose “solo”, si es aplicable la expresión. Los mismos nacionalistas abandonaron la SADE y crearon su propia asociación: ADEA.²⁴ La ausencia de una condena pública en este caso no anticipó de ningún modo las futuras concesiones que el autor de *Radiografía de La Pampa* iba a hacer al peronismo después de 1955. Esto es claro si se tiene en cuenta que según éste durante esos años estuvo enfermo de una rara afección en la piel que él denominó “peronitis”, alegando que era la forma en que

²² Por supuesto que en las reuniones internas de la institución se seguía discutiendo sobre política, pero la SADE evitaría manifestarse sobre los acontecimientos políticos públicamente, como lo había hecho hasta entonces.

²³ Refiriéndose a Martínez Estrada Bioy Casares declaró: “En tiempos del peronismo, fingía. Él estaba totalmente en contra del peronismo. Era presidente de la SADE, pero realmente hacía cualquier cosa para evitar una condena pública. Había una especie de cómo te podría decir. La conducta de Martínez Estrada en la conversación privada no coincidía con lo que debería ser una declaración pública”. Adolfo Bioy Casares en Fernando Sorrentino, *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, p. 245.

²⁴ ADEA fue fundada en 1945 por un grupo de nacionalistas contra la dirección que la SADE había tomado desde 1945. Arturo Cancela afirma que la institución se inició luego de que la SADE lo acusó, junto a otros escritores, como Marechal, Gálvez y Zubiría, “de colaboracionistas” con referencia a su apoyo a la candidatura de Perón. Si bien la institución funcionó durante toda la década peronista, hacia 1950 carecía de vitalidad. La adulación al gobierno había llegado a tal nivel que los escritores más prestigiosos abandonaron la institución o simplemente dejaron de participar en ella. En 1951 fue creada otra asociación con el fin de reunir a los escritores peronistas: el Sindicato de Escritores Peronistas. En una entrevista personal Fermín Chávez afirmó: “No nos asociamos a la ADEA y creamos otra institución porque veíamos a SADE en decadencia. No era de mucho nivel lo que crearon, fue muy política en vez de intelectual y poco representativa de los escritores y periodistas”. Las declaraciones de Cancela se encuentran en su artículo “El primer magistrado converso con un grupo de escritores”, *La Prensa*, 12 de diciembre de 1947. Fermín Chávez, Entrevista del autor, Buenos Aires, 1 de agosto de 1999. Véase también Manuel Gálvez, *Recuerdos de la Vida Literaria*, p. 176.

somatizaba su repudio al peronismo.²⁵ La falta de una posición pública de la SADE frente al peronismo se explica por una combinación de temor y sorpresa. Hasta antes de febrero de 1946 los escritores, como otros sectores de la sociedad, no vislumbraban como posible el triunfo del peronismo. Como señaló Bioy Casares: “el peronismo no se notaba. El peronismo estaba seguramente en las fábricas, en otros lugares... Pero no se notaba entre los escritores”.²⁶ Y a pesar de que el nuevo gobierno se identificara como una continuación del anterior, la política concreta que iba a desarrollar aparecía como un interrogante en el cual los hombres de letras depositaban las peores conjeturas. Si no hubo una condena fue básicamente por el temor de los escritores ante un futuro incierto. Sin embargo, la actitud, lejos de ser extraordinaria, se repitió a lo largo de toda esa década.

Cuando asume Barletta a mediados de 1946, la SADE quedó de algún modo enmarcada por los intereses de este comunista ecléctico. Leónidas Barletta fue un escritor, integrante del denominado grupo de Boedo, fundador del Teatro del Pueblo y de varias publicaciones, entre las que sobresalen *Conducta* y *Propósitos*. El comunismo de Barletta no era en absoluto dogmático; él mismo se negaba a poner sus propios proyectos al servicio de la revolución proletaria.²⁷ Barletta pretendía que la SADE recuperara su identidad gremial.²⁸ En los términos de este presidente, la Sociedad de escritores debía transformarse en una entidad defensora de los derechos de los miembros del gremio y de acuerdo con este objetivo organizó el programa de actividades y prioridades de la institución. De ese modo, las prioridades esenciales de la comisión directiva que el escritor presidió fueron en forma expresa el “asesoramiento legal de los escritores, la asistencia médica gratuita y la gestión para la formulación de una ley que protegiera los derechos de autor”.²⁹ Con estas iniciativas el escritor afirmaba estar avanzando “hacia un más definido y práctico gremialismo”. Con lo cual declaraba reforzar “el concepto que, desde el primer día” se había sostenido “como primordial orientación de [las] actividades [de la Comisión] al frente de los destinos de la SADE”.³⁰

Era claro que el “gremialismo” de Barletta no era sin embargo funcional a los designios de la “comunidad organizada” o a los pedidos de agremiación formulados desde el Estado. Por un lado esto quedaba establecido por la nula colaboración de la asociación con la administración Perón y por otro lado la Sociedad lo clarifica en su boletín, en el que especificaba que el gremialismo de la institución no tenía que ver “con enervantes estatismos”.³¹ De algún modo el proyecto consistía en una vuelta al ideal de Lugones, que consideraba la defensa de los derechos del escritor como cuestión prioritaria. Barletta también se propuso hacer de la sociedad una institución vinculada con la clase obrera ofreciéndoles a los sindicatos un servicio gratuito de divulgación cultural. La intención era por un lado hacer de los escritores de la

²⁵ La escritora María Rosa Oliver cuenta, en una entrevista realizada por el historiador Leandro Gutiérrez, que en una visita a Martínez Estrada mientras éste estaba enfermo, el escritor le aseguró “que lo que él tenía era ‘peronitis’”. Véase María Rosa Oliver, *Archivo de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella*.

²⁶ Bioy Casares en Fernando Sorrentino, *op. cit.*

²⁷ Así es por ejemplo que se niega a hacer del Teatro del Pueblo un teatro militante que sirva a la revolución. Véase Larra, *op. cit.*, p. 86.

²⁸ Memoria de la gestión Barletta, en Acta No. 457, 3 de mayo de 1948.

²⁹ “Aspiraciones gremiales que se concretan”, en *Boletín de la SADE*, año XV, No. 30, 1947.

³⁰ *Boletín de la SADE*, año XV, No. 30, 1947. Para una muestra de las actividades gremiales véase SADE, Acta No. 430, 7 de abril de 1947; SADE, Acta No. 432, 17 de mayo de 1947; SADE, Acta No. 437, 7 de julio de 1947.

³¹ *Boletín de la SADE*, año XV, No. 30, 1947.

SADE una inteligencia sensible a los problemas de las clases bajas y por supuesto disputar espacios de “culturización con el peronismo”. Barletta mismo fundamentaba su proyecto en la “necesidad de desvanecer recelos contra la inteligencia”.³² Aunque el proyecto fue aprobado por unanimidad, poco fue lo que realmente se hizo en dicha dirección.

Pero no fueron sólo estas consideraciones las que marcaron el accionar de la institución durante esos años. Como se dijo, las acciones de la administración Perón imprimieron su lógica al antiperonismo de SADE. Aunque la política era la gran ausente, comparada con la situación que se daba en los años anteriores ésta volvía al centro de la escena en aquellos momentos en que los intereses de los escritores se veían directamente atacados. Durante la gestión de Barletta hay dos momentos clave en que la sociedad asumió la voz de la oposición:³³ la primera se dio frente al “agravio” cometido contra el ya consagrado autor Ricardo Rojas, y la segunda cuando el gobierno intentó organizar una Junta Nacional de Intelectuales (algo así como un sindicato de intelectuales). Rojas ganó en 1945 el premio de la Comisión Nacional de Cultura por su libro *El profeta de La Pampa. Vida de Sarmiento*. La medida de la nueva Comisión de Cultura peronista presidida por el historiador nacionalista Ernesto Palacio³⁴ fue despojar a Rojas de su premio y otorgárselo a Pilar de Lusarreta –historiadora revisionista con una trayectoria mucho menor a la de Rojas, pero afiliada al partido gobernante–.

Rojas había sido candidato a senador nacional por el Partido Radical en las elecciones de febrero de 1946. Difícil es saber si despojarlo del premio fue una medida que le cobraba a Rojas dicha candidatura o, como afirmó cínicamente uno de sus colegas, “Sarmiento (tema del libro de Rojas) no era en ese entonces una figura de buen tono para ser presentada en una sociedad de gente piadosa, decente y ordenada”.³⁵ Lo cierto es que aunque Rojas no era un miembro de la SADE, ésta tomó la ofensa contra el escritor como una burla al gremio en su conjunto. La respuesta de la SADE fue entonces categórica: entregarle el premio mayor de la institución, el “Gran Premio de Honor”, a Ricardo Rojas. La asociación no fue de ese modo a la confrontación directa con el gobierno, no realizó un manifiesto público de rechazo, sino que aunque el repudio a la medida era claro y éste dio lugar a fuertes declaraciones contra el gobierno, éstas quedaron confinadas a las reuniones de la institución.³⁶ Tampoco intercedió a favor o en defensa de Rojas para que el gobierno lo “resarciera” del “agravio cometido”, sino que le dio ella misma una especie de indemnización moral. De esa forma, lo que la Sociedad de Escritores intentó hacer fue legitimar sus propias credenciales culturales fuera del ámbito oficial. Si los premios oficiales eran repartidos entre aquellos que expresaban su favor al

³² SADE, Acta No. 421, 4 de noviembre de 1946.

³³ Aunque los actos de censura contra actividades culturales que se dieron en esos dos primeros años suscitaron reacciones adversas en la SADE, ellas se limitaron a cartas personales a las autoridades y nunca llevaron a un cuestionamiento más general o público al gobierno. Véase, por ejemplo, SADE, Acta No. 421, 4 de noviembre de 1946; SADE, Acta No. 434, 2 de junio de 1947; SADE, Acta No. 440, 16 de agosto de 1947; SADE, Acta No. 443, 8 de septiembre de 1947; “Sobre censura literaria”, en *Boletín de la SADE*, año XV, No. 30, 1947.

³⁴ Ernesto Palacio era en ese entonces diputado por el peronismo.

³⁵ Roberto Giusti, “Perfil del tiempo. Actos de Fe”, en *Expresión*, año I, t. I, diciembre de 1946. El artículo presenta una crónica cínica de estos acontecimientos.

³⁶ Borges afirma en la entrega del premio que “la expoliación de que Rojas ha sido víctima es un eje más de esta melancólica serie [que] algunos llaman injusticia y otros nazismo”. Si bien es cierto que las declaraciones de Borges son reproducidas en el *Boletín* de la institución –al contrario de lo que hubiera sucedido unos años atrás–, éstas no son material de un manifiesto dirigido al gran público. Jorge Luis Borges, “En forma de parábola”, *Boletín de la SADE*, año XIV, No. 29, diciembre de 1946.

gobierno, los galardones de la Sociedad de Escritores premiaban, por el contrario, el valor literario y los principios de quienes eran sus acreedores.³⁷ De alguna forma la SADE salía fortalecida del “episodio Rojas”. Con la entrega de su máximo galardón a este escritor venía a recomponer el orden jerárquico dentro del campo cultural del país, que era destruido por el gobierno. El mensaje era claro: si la administración cultural de Perón no distribuía prestigio sino favores, la SADE hacía lo primero, con lo cual los escritores evitaban la confrontación directa pero establecían una lucha velada en un espacio donde tenían mayor fortaleza.³⁸

Desde el episodio sucedido con Ricardo Rojas el Gran Premio de Honor se constituyó en un “símbolo de la resistencia” para los escritores de la SADE. De ahí en más y durante los años en que el peronismo fue gobierno el premio fue entregado a escritores con claras credenciales democráticas, muchos de ellos hostigados por el peronismo. Durante esa década la asociación otorgó el mencionado galardón a los escritores Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Arturo Capdevilla, Baldomero Fernández Moreno, Francisco Romero, Alberto Gerchunoff, Enrique Banchs y Manuel Mujica Láinez. El premio de honor, presentado por la propia SADE “como el más alto prestigio a que puede aspirar un escritor en el país”,³⁹ era no sólo un reconocimiento a la obra sino también a la trayectoria del escritor.⁴⁰ Era la puesta en práctica de aquello que Erro tan claramente expuso al recordar a Ricardo Rojas: “al escritor no sólo hay derecho a pedirle obras hermosas, sino también limpia conducta cívica”.⁴¹ Para estos escritores la decisión sobre quién recaía el gran premio constituyó una forma de “resistencia pasiva”, una oposición imperceptible para el gobierno, pero que internamente era una forma de ejercer poder dentro del campo intelectual. El premio distribuía prestigio y jerarquizaba el mundo de los escritores y era claro que éste sólo era otorgado a escritores opositores al peronismo.

Como también se mencionó, el otro momento en que la SADE asumió la voz de la oposición durante la gestión de Barletta fue cuando el gobierno intentó crear una Junta de Intelectuales. Es sabido que el peronismo intentó organizar todos los resquicios de la vida pública y sumir a todos los sectores sociales en el proyecto soñado de la “comunidad organizada”. Regular la vida intelectual era un objetivo más que difícil, sobre todo si se tiene en cuenta que pocos intelectuales eran partidarios de Perón, por lo que a la distancia es posible afirmar que ésta nunca fue una meta de aquel gobierno. Sin embargo, alentado por los mismos intelectuales, Perón barajó en algún momento este objetivo como posible. No hay duda de que cuando en aquel contexto el gobierno se refería a los intelectuales estaba hablando de los escritores. Varios de éstos –tanto peronistas como antiperonistas– creyeron posible obtener de Perón un estatuto que regulara el mercado intelectual dada la precariedad de la vida económica de quienes se dedicaban a esta actividad y para ello visitaron al presidente a fines de 1947.⁴² Perón, por

³⁷ En el mismo discurso Borges afirma: “al hacer suyo ese dictamen, la Comisión Directiva le expresa, por mi intermedio, su adhesión y aplauso a los ideales democráticos que enaltecen su vida y su magnífica obra”. Borges, “En forma de parábola”, citado.

³⁸ El auspicio de la SADE a la visita de Pablo Neruda muestra de algún modo la intención de la institución de mantenerse fuera de disputas políticas en las que poco podría ganar. La SADE sólo auspicia las conferencias de Neruda con la condición de que éstas no sean políticas. SADE, Acta No. 438, 28 de julio de 1947.

³⁹ Carlos Alberto Erro, “Manuel Mujica Láinez. Gran Premio de Honor 1955-1956”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1957-1959.

⁴⁰ En todos los discursos de entrega se hacía mención del pasado democrático del escritor acreedor del premio.

⁴¹ Carlos Alberto Erro, “Ricardo Rojas. Una gran pérdida para la cultura argentina”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1957-1959.

⁴² El origen de la iniciativa proviene del escritor Elías Castelnuovo, que logra interesar a Manuel Gálvez en el

su lado, vio en aquel pedido la oportunidad justa para sindicalizar a este sector y sumirlo así en la lógica de la llamada “comunidad organizada”. En una asamblea general en el teatro Cervantes ante la *intelligentsia* del país, que en este caso no eran más que los miembros de SADE y ADEA, el director de la Comisión de Cultura anunció el plan de Perón en respuesta al pedido de los escritores. Éste consistía en la reforma de la administración cultural creando una subsecretaría de cultura y en la integración de todos los intelectuales en una llamada “Junta Nacional de Intelectuales” que, a grandes rasgos, no era más que un sindicato.⁴³ Si bien la SADE fue invitada a participar en la consumación de este proyecto, lo cierto es que ésta lo leyó como lo que probablemente era: un intento del gobierno por controlar el área cultural, por lo que renunció a su participación en el mismo y nuevamente asumió la voz de la oposición intelectual.

La historia de la creación de la Junta Nacional de Intelectuales tiene demasiadas idas y vueltas para ser resumida aquí, pero es claro que ésta fue percibida por la SADE como un asedio del gobierno, y la reacción no se hizo esperar. Por primera vez desde agosto de 1945 ésta fue pública. En el mismo momento en que el debate se estaba llevando a cabo, en diciembre de 1947, la SADE envió a los diarios varios manifiestos en los que afirmaba “que la cultura no [podía] ser dirigida”, a la vez que reclamaba “por la reposición de los intelectuales separados de sus cargos u obligados a renunciar; el restablecimiento integral de la libertad de prensa, el levantamiento de la censura radiofónica, cinematográfica y teatral y la suspensión de los derechos que [afectaban] al derecho de reunión”.⁴⁴ El proyecto mencionado también suscitó una carta de Barletta al presidente de la Nación en la que repitió los mismos términos, clarificando que los escritores sólo iban a colaborar con los planes del gobierno si éste cesaba en sus ataques contra las libertades públicas.⁴⁵ La conclusión de toda la disputa relacionada con la Junta Nacional de Intelectuales dejaba dos puntos claros; por un lado, aunque los escritores no constituyeran una “oposición militante” difícilmente el gobierno iba a conseguir su “domesticación” y, por otro lado, era evidente que éstos estaban dispuestos a asumir una actitud de oposición abierta y directa cuando los ataques fueran dirigidos a su propio gremio. Esta reacción aparentemente fuerte no debe soslayar el hecho de que el ciclo de la politización de los escritores abierto por la guerra claramente se había “desacelerado” y su naturaleza había cambiado. Cada vez que existía una “reapertura” de la SADE a la política ésta se producía sólo cuando sus intereses como gremio eran directamente afectados. No era entonces el devenir político del país en general el que despertaba la participación de la SADE, como sucedía a comienzos de la década de 1940: hasta cierto punto el “compromiso” había sido abandonado. La diferencia, aunque aparentemente sutil, recortaba para estos intelectuales un rol diferente: de guardianes de los valores de la democracia y las libertades pasaron a guardianes del gremio.

asunto. En una carta a Manuel Gálvez, Castelnuovo declara: “todos los gremios fueron favorecidos por el régimen actual, menos el gremio nuestro. Nosotros estamos siendo explotados como en los primeros tiempos del mercado editorial”, por lo que Castelnuovo considera que un estatuto de protección del intelectual podría subsanar la situación. Para este escritor es importante la gestión de Gálvez dado que “es un escritor de nota no enemistado con el gobierno [y que] cuenta con personas de su confianza en el parlamento”. Carta de Elías Castelnuovo a Manuel Gálvez, *Archivo Personal de Manuel Gálvez*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 3 de marzo de 1947.

⁴³ “Junta Nacional de intelectuales, Antecedentes de su creación. Decretos y Reglamentos Internos”, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Subsecretaría de Cultura, 1949.

⁴⁴ *La Nación*, 21 de diciembre de 1946. Otros comunicados de SADE son publicados en *La Nación* y en *La Prensa* el 22 y 23 de diciembre.

⁴⁵ SADE, Acta No. 460, 3 de julio de 1948.

En julio de 1948 asume la presidencia de la asociación Carlos Alberto Erro. Se trata de un personaje bien distinto a Barletta, abogado, dedicado a la sociología, preocupado por dilucidar la identidad de los argentinos. Fue profesor de la Universidad de Buenos Aires y en tres ocasiones presidente de la SADE. Erro era un convencido liberal de un antiperonismo militante, lo que le costaría la cárcel junto con varias otras figuras públicas en 1953. El objetivo primordial de Erro era distinto del de Barletta; si su antecesor buscaba defender los derechos de sus asociados reafirmando el carácter gremial de la institución, Erro procuraba en cambio defender a la asociación de los ataques del gobierno y se ponía como objetivo hacer de la SADE una oposición más activa contra el gobierno.⁴⁶ Así afirmaba en el acto de asunción que “debía afianzarse la tradición militante de la literatura argentina”, dado “que la fuerza de un escritor (derivaba) de su lealtad a un alto ideal, que rige su obra y su vida y que se refleja en su conducta”. Y terminaba sus exhortaciones afirmando que “el fundamento de la libertad es primordialmente moral y accesoriamente económico”.⁴⁷ En síntesis, lo que Erro buscaba era que los intelectuales reasumieran “el compromiso” de principios de la década de 1940.

Sin embargo, no sólo las propias ideas de Erro marcaban el objetivo de su gestión sino también un contexto más hostil contra la institución. Hasta comienzos de 1948 la SADE no se había visto desfavorecida por la administración. Si se tiene en cuenta que era un núcleo antiperonista, las reuniones se desarrollaban normalmente y sus representantes en la Comisión de Cultura tenían voz y voto, pero a partir de mediados de 1948 esta situación comenzó a cambiar. En 1933, una ley del presidente Justo había creado la Comisión de Cultura para ocuparse de los asuntos referentes a la gestión cultural que escapaban al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. La SADE había conseguido erigirse en la representante de los escritores en dicha Comisión. Después de una discusión que se alargó por varios meses, el peronismo finalmente privó a la SADE de estar representada en la Comisión. Aprovechando un error del delegado de la SADE – que en lugar de dirigir su renuncia a la Comisión Directiva de la asociación de escritores lo hizo directamente ante las autoridades de la Comisión de Cultura– el gobierno declaró vacante el lugar para dárselo a un escritor miembro de ADEA que, como hemos mencionado, nucleaba a escritores nacionalistas adictos al gobierno.⁴⁸ Si bien estos acontecimientos ocurrieron en los últimos días de la gestión de Barletta, es Erro quien los hereda y quien considera que revertirlos es un objetivo primordial de su administración.⁴⁹ De ahí en más comenzó la lucha de Erro por lograr la reincorporación de la SADE a la Comisión de Cultura.

⁴⁶ Obviamente Erro no negaba el carácter gremial de la institución, pero afirmaba que la SADE debía ser más que eso. En la visión de Erro, además de un gremio que defendiera los intereses económicos, la SADE debía ser “un ateneo de ideas, una válvula de expresión de inquietudes y un medio para la comunicación y convivencia social de sus asociados”. Carlos Alberto Erro, en SADE, Acta No. 481, 1 de julio de 1950.

⁴⁷ Carlos Alberto Erro, “Discurso en la entrega del Gran Premio de Honor 1948”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1948-1950.

⁴⁸ Existe una clara correlación entre la creación de la Junta Nacional de Intelectuales y los hechos relacionados con la suspensión de la representación de la SADE en la Comisión Nacional de Cultura. De Vedia renuncia a la Comisión de Cultura porque considera que en la SADE se cuestiona su actuación (presuntamente poco opositora) en los hechos ligados a la creación de la Junta Nacional de Intelectuales. Frente a su renuncia, la SADE ratifica su confianza, pero el gobierno ya ha encontrado la oportunidad para privar a la Sociedad de Escritores de su representación en la Comisión Nacional de Cultura. Véase SADE, Acta No. 453, 12 de enero de 1948, y SADE, Acta No. 454, 19 de enero de 1948.

⁴⁹ SADE, Acta No. 461, 26 de julio de 1948. Como Erro mismo afirma en el acto de asunción, su objetivo era “mantener el prestigio de la SADE tratando de recuperar las posiciones legales que le (correspondían) en la Comisión de Cultura y otras instituciones”. Citado en el Acta No. 461.

Mientras Erro estaba gestionando una reunión con el ministro de Educación para resolver la cuestión de la Comisión de Cultura,⁵⁰ un decreto fechado el 26 de marzo de 1949⁵¹ privó oficialmente a la sociedad de escritores de su representación en la Comisión. Al mismo tiempo, la discutida “Junta de Intelectuales” presentó el proyecto de un estatuto que regulaba las actividades de los intelectuales. Ambos hechos se convirtieron en los focos puntuales de disputa de la gestión de Erro con el gobierno. Frente a lo sucedido en la Comisión de Cultura, lo que constituía un claro ataque contra la SADE, Erro dirigió cartas al ministro con copias a la prensa donde afirmaba el carácter ilegal del decreto que por decisión del Ejecutivo violaba lo que la ley había dictado.⁵² Paralelamente inició las gestiones para que se hiciera una interpelación al ministro en la Cámara de Diputados, gestiones éstas que no tuvieron éxito.⁵³

El proyectado estatuto del trabajador intelectual vio la luz el mismo mes en que la SADE fue privada oficialmente de su representación en la Comisión de Cultura. El estatuto intentaba establecer claras regulaciones tanto en el mercado editorial como en el de los medios de comunicación. Los objetivos declarados de dicho estatuto eran, por un lado, la protección económica de los trabajadores intelectuales y el aumento de la producción intelectual y artística nacional.⁵⁴ Más allá de algunas ridículas cláusulas de carácter nacionalista, el mencionado estatuto tenía dos puntos que resultaban inaceptables para los escritores autodenominados “democráticos”. El primero de los artículos que preocupaba a miembros de la sociedad de escritores establecía que para acogerse a los beneficios económicos del estatuto era antes necesario sindicalizarse, es decir, afiliarse a una Confederación de Intelectuales que se iba a crear al efecto. El otro artículo rechazado determinaba que sólo iban obtener dichos beneficios aquellos autores de libros que no ofendieran la religión del país, ni la nacionalidad, ni el orden moral.⁵⁵ Obviamente, a pesar de que la SADE también identificara como primordial la defensa de los intereses económicos de sus asociados, no iba aceptar que éstos estuvieran subordinados a una renuncia a sus libertades, tanto gremiales como a aquellas relacionadas con el contenido de sus creaciones. Nuevamente la comisión directiva presidida por Erro envió cartas al ministro con copias a la prensa, donde expresaba sin titubeos su posición frente al proyectado estatuto. La SADE reclamaba la participación de la sociedad de escritores en la redacción del proyecto⁵⁶ a la vez que subrayaba “que por sobre todos los beneficios materiales siempre (había) preocupado primordialmente a la sociedad el resguardo de la libertad del escritor, sin cuya existencia se (desvanecía) toda posibilidad fecunda de labor intelectual”.⁵⁷

Finalmente, el controvertido estatuto se convirtió en otro de los fracasados intentos del peronismo por regular el sector intelectual, dado que nunca logró traducirse en una ley o de-

⁵⁰ SADE, Acta No. 466, 28 de marzo de 1949.

⁵¹ Decreto No. 7182 de 1949, “La Representación de la SADE en la Comisión de Cultura”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1948-1950.

⁵² “La Representación de la SADE en la Comisión de Cultura”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1948-1950.

⁵³ SADE, Acta No. 471, 27 de agosto de 1949.

⁵⁴ “Anteproyecto de Estatuto del Trabajador Intelectual”, Ministerio de Educación, Secretaría de Cultura, Junta Nacional de Intelectuales, 1949.

⁵⁵ “El estatuto del Trabajador intelectual”, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1948-1950.

⁵⁶ La carta al ministro afirmaba sin medias tintas que “Toda medida destinada a mejorar la situación de los trabajadores intelectuales ha de contar con la aprobación de la Sociedad Argentina de Escritores”. Acta No. 471, SADE, 27 de agosto de 1949.

⁵⁷ SADE, Acta No. 471.

creto. Sin embargo, no es posible determinar si fueron las gestiones de la SADE las que impidieron que éste se hiciera realidad o lo inviable de muchas de sus propuestas. En cuanto a lo relacionado con la Comisión de Cultura, la sociedad de escritores no tuvo éxito –durante el peronismo no recuperó el lugar que le correspondía en dicha Comisión, ni tuvo luego representantes en la Subsecretaría de Cultura creada por dicho gobierno–. Pero más allá de los resultados, lo cierto es que estos hechos muestran nuevamente que a pesar de que Erro abogara por una literatura “militante” la asociación sólo se opuso al gobierno cuando sus intereses se vieron directamente afectados. Erro podría subir el tono de los discursos, arengar a sus colegas en las reuniones “contra el sindicalismo de estado”,⁵⁸ acusarlos de “vacilantes, indiferentes, timoratos o amedrentados”,⁵⁹ presidir la institución en un contexto más polarizado que su anterior colega, pero nunca consiguió que los miembros de la institución que presidía consensuaran una condena en términos generales al gobierno.⁶⁰

En 1950 asumió Jorge Luis Borges como presidente de la sociedad. Mucho se ha hablado y discutido sobre el antiperonismo virulento de este escritor, considerado por muchos un emblema de un antiperonismo intolerante. Fue a Borges a quien le tocó presidir la asociación en el momento más hostil del peronismo contra la vida intelectual y contra la SADE en particular. Si bien no claramente explicitado, el objetivo de Borges era hacer de la asociación de escritores un foro cultural, un espacio donde discutir las cuestiones literarias y de la cultura argentina, por supuesto que todo realizado con un claro acento universalista.⁶¹ Borges se proponía hacer de la asociación de escritores un reducto de la cultura, un espacio ajeno pero opuesto en su contenido al devenir político del país. Esta razón puede explicar los actos, conferencias, cursos y exposiciones que el escritor organizó y planificó durante su gestión. De algún modo en conjunto todos ellos vehiculizaban un modelo cultural que nada tenía que ver con las propuestas del gobierno. Así fueron celebradas entre otras las obras de Balzac, Melville, Elliot, Kafka, Buber, y Echeverría, Marmol, Cané y Sarmiento entre los locales.⁶² No estaba en la agenda del reconocido autor ni reivindicar el carácter gremial de la institución ni hacer de ésta un centro de oposición militante en contra del gobierno.

⁵⁸ Carlos Alberto Erro, *op. cit.*, p. 13.

⁵⁹ En el discurso de entrega del Gran Premio de Honor a Fernández Moreno en 1949 Erro declaró con respecto a la actitud de los escritores: “Yo quisiera que todos los que tienen mi mismo credo político, moral y espiritual estuvieran iluminados por una pasión decisiva, en vez de mostrarse vacilantes, indiferentes, timoratos o amedrentados.” Carlos Alberto Erro, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1948-1950.

⁶⁰ Luego de su presidencia en SADE, Erro se convirtió en el fundador y alma mater de una asociación que con el objetivo de defender la tradición de Mayo se proponía liderar una oposición más abierta contra el gobierno. Era claro que desde allí Erro quería hacer lo que no había podido en la sociedad de escritores. En el número que abre la publicación de la institución, Erro señala: “creemos que la inteligencia debe ser mucho más que una espectadora ingeniosa o divertida de la realidad argentina: creemos que tiene un compromiso con la realidad de su país y que en cuanto se evade de ese compromiso para renunciar a comprenderla o para dejar de militar y actuar en la circunstancia histórica en que vive, da muestras de ser una inteligencia frustrada o estéril”. Carlos Alberto Erro, “Porqué nos basamos en Mayo”, en *Boletín de la Asociación Cultural Argentina para Defensa y Superación de Mayo*, año 1, No. 2, septiembre de 1953.

⁶¹ Como se dijo, la SADE no se había organizado con el afán de constituir una sociedad literaria, no constituía una escuela que propiciaba un determinado modelo artístico o literario. Con respecto al recurrente debate dentro de la inteligencia argentina entre el nacionalismo y el universalismo cultural, la institución tampoco tenía una posición clara. Es posible encontrar manifiestos en que la asociación afirmaba su adhesión a cierto nacionalismo y americanismo cultural, y otros en que reivindicaba el más crudo universalismo. El rechazo de Borges al nacionalismo es conocido, pero cuando desde su presidencia de la SADE subrayaba el carácter universal de la cultura local, lo hacía con la intención clara de rechazar el modelo cultural nacionalista propuesto por el gobierno.

⁶² Véase la memoria de la gestión de Borges en el Acta No. 521, 31 de agosto de 1953.

El primer año y medio de la gestión de Borges se sucede sin demasiados sobresaltos. Más allá de una protesta hecha pública por la SADE en contra de la imposición de una ley que estipulaba un gravamen de hasta un 50% a los libros extranjeros,⁶³ la presidencia de Borges se abocó durante ese período a hacer de la SADE un foro cultural. Pero en 1952 conforme a un contexto político de mayor polarización en donde el gobierno había decretado el “estado de guerra interna” desde el levantamiento de septiembre de 1951, la SADE se vio imposibilitada de realizar sus asambleas por una orden policial que alegaba razones “de seguridad pública”. La situación se agravó porque la institución debía renovar autoridades y esto era imposible si los socios no se podían reunir.⁶⁴ De acuerdo con lo estipulado por el estatuto de la sociedad, en caso de que no pudiera elegirse nuevas autoridades, las viejas debían permanecer en el cargo. Borges se vio obligado entonces, por la censura del gobierno, a ser presidente de la SADE un año más de lo que le correspondía. ¿Qué hizo la SADE frente al que era sin lugar a dudas el mayor asedio a la institución? La asociación buscó por todos los medios posibles que pueden considerarse dentro de la categoría de “diplomáticos” el fin de la restricción. Pero nuevamente no fue a la confrontación y se abstuvo de condenar al gobierno públicamente. Aunque informó inicialmente a la prensa y a sus asociados de lo que estaba sucediendo, los intentos de terminar con la prohibición gubernamental oscilaron entre cartas al delegado de la policía federal, al inspector de Justicia (que debía labrar las actas) y al ministro del Interior.⁶⁵ Finalmente, un año después, en agosto de 1953, una comitiva de la SADE que se reunió con el ministro Borlenghi consiguió que éste autorizara la realización de la Asamblea necesaria para reelegir las autoridades.⁶⁶

Pero la hostilidad del gobierno con SADE no se limitó a dicha prohibición. En abril de 1953, durante una concentración en la plaza de Mayo, en la que hablaba Perón, estallaron bombas colocadas por grupos opositores. El saldo de las explosiones fue varios muertos y una escalada de violencia nunca vista. Los incendios al Jockey Club, a la Biblioteca de la Casa del Pueblo, a la Casa Radical y al Comité Conservador fueron la respuesta a las bombas. El gobierno reaccionó encarcelando indiscriminadamente opositores, entre abril y mayo se detuvo a 4000 personas.⁶⁷ Varios escritores de la SADE quedaron entre rejas. Entre ellos casi toda la Comisión de ASCUA, una asociación que con el eufemístico lema de defender la tradición de Mayo, se oponía a la política de Perón. El poco antes presidente de la institución, Carlos Alberto Erro —uno de los fundadores de ASCUA— quedó entre los encarcelados con sus compañeros de fila, entre los que se encontraban varios escritores miembros de SADE, como Julio Aramburu, José Barreiro, Víctor Massuh, Carlos Manuel Muñiz, Norberto Rodríguez Bustamante y Francisco Romero.⁶⁸ La lista de detenidos miembros de SADE era sin embargo más vasta pues es-

⁶³ El mencionado gravamen fue estipulado con la intención de aumentar la producción local. La SADE rechazó la medida argumentando que los libros extranjeros incidían en la formación de los escritores nacionales y que dicho gravamen constituía un ataque a la cultura misma. De igual modo, la sociedad estimó que éste iba a perjudicar la entrada de los libros argentinos en el extranjero. Cabe aclarar que hasta entonces no existían impuestos para la importación de libros. SADE, Acta No. 486, 19 de agosto de 1950.

⁶⁴ SADE, Acta No. 510, 28 de agosto de 1952.

⁶⁵ Véanse Actas No. 509 hasta No. 521, de agosto de 1952 a agosto de 1953.

⁶⁶ Roberto Giusti relata en sus memorias esta visita al ministro del Interior ingeniero Borlenghi. De acuerdo con lo declarado por Giusti, Borlenghi no comprendía por qué los escritores no estaban alineados con Perón. Roberto Giusti, *Visto y vivido*, cit., p. 262.

⁶⁷ Félix Luna, *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, t. III, p. 48.

⁶⁸ La Comisión directiva de ASCUA estaba formada por Carlos Alberto Erro, Julio Aramburu, Daniel A. Seijas, Isaac

critores que no pertenecían a ASCUA también cayeron en la redada. Entre otros, el poeta Enrique Banchs, la directora de la revista *Sur*, Victoria Ocampo, y el catedrático Vicente Fatone fueron a parar a la cárcel. Si bien nunca se supo quiénes fueron los responsables de las bombas, difícilmente estos intelectuales tuvieran algo que ver con dichos actos de terrorismo.

Dependiendo de los casos, los escritores permanecieron alrededor de 40 días encarcelados. La pregunta obvia que los hechos descriptos suscitan es: ¿Qué hizo la SADE, como entidad gremial de los escritores, para defenderlos y para garantizar la libertad intelectual? ¿Qué hizo la SADE para defender a quien fuera su presidente anterior? A esta altura ya es casi redundante afirmar que la sociedad tenía un compromiso con las libertades que hacían a la tarea intelectual. En cada una de las ocasiones en que el gobierno había querido reprimir la acción de la asociación, ésta había respondido alegando ese compromiso. Pero cuando ese compromiso era tal vez más necesario que nunca la SADE no hizo nada. Considerando que el momento político no estaba para la confrontación, decidió abstenerse de salir en defensa de sus asociados.⁶⁹ Ésta fue claramente una decisión unilateral de la Comisión Directiva presidida por Borges, dado que en ese entonces la sociedad estaba impedida de realizar asambleas. ¿Temió la SADE que tal confrontación con el gobierno le costaría el cierre total de la institución? Si éstas eran las razones es necesario afirmar que ellas no fueron un obstáculo para el gremio de los periodistas. El Círculo de Prensa se entrevistó con el ministro Borlenghi para obtener la libertad de los periodistas y escritores detenidos.⁷⁰ La actitud de la SADE fue duramente criticada por varios de sus miembros. Leónidas Barletta, el ex presidente, fue seguramente uno de los más claros opositores a la actitud asumida por la sociedad de escritores. En una de sus alusiones a estos hechos Barletta se preguntaba por las razones que motivaron que los escritores no defendieran a sus colegas: “Si es por miedo, ¿miedo de qué?”; afirmaba Barletta, “¿de que los encierren? ¿Y acaso no es mejor estar entre rejas con el respeto y la gratitud emocionada de los jóvenes que nos suceden, que estar en el cómodo gabinete escribiendo con suma cautela sobre Sarmiento y Echeverría, soportando la sonrisa desdeñosa de quienes se sienten defraudados por una conducta que no puede ser nunca la de un intelectual?”.⁷¹

Maguid, Jose Fornaroli, José P. Barreiro, Cupertino del Campo, Rodolfo Fitte, José Santos Gollán, Víctor Massuh, Carlos Manuel Muñiz, Jaime Perriau, Héctor Raurich, N. Rodríguez Bustamante, Francisco Romero, Ernesto Sábato y Ángel M. Zuloaga.

⁶⁹ La razón de porqué la SADE no defendió a sus propios escritores quedó clarificada recién un año después, cuando se negó a defender a Carlos Agosti, que también había sido encarcelado. En ambos casos se consideró que el ambiente político no era propicio para dicha defensa. SADE, Acta No. 543, 27 de julio de 1954.

⁷⁰ Manuel Romero Delgado, “¿Quién logró del ministro Borlenghi la libertad de los intelectuales de ASCUA: el Círculo de Prensa o el Sindicato Argentino de Escritores?”, en *Mayoría*, 19 de febrero de 1959, p. 96.

⁷¹ Leónidas Barletta, “Carta a Manuel Gálvez”, *Archivo Personal de Gálvez*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 12 de diciembre de 1953. El ex presidente de la institución, Leónidas Barletta – quien por propia iniciativa se reunió con varios otros escritores para pedir por los presos políticos– expresó en reiteradas ocasiones su rechazo a la actuación de la SADE y de todos aquellos que se negaron a interceder por sus colegas encarcelados. La cita transcripta arriba es parte de una carta dirigida al escritor Manuel Gálvez, a quien Barletta había invitado a participar en la defensa de los presos pero que se había negado alegando la filiación comunista del ex presidente de la SADE. Barletta criticó tanto la actitud de Gálvez como la de sus colegas de SADE. Desde su publicación –*Propósitos*– volvió en reiteradas ocasiones sobre estos hechos. Lo cierto es que del otro lado, la actitud de Barletta también resultó inaceptable para muchos de sus colegas. De modo de interceder por los presos, Barletta se reunió con escritores que eran confesos peronistas y firmó con ellos un petitorio. Entre los firmantes figuraba el enemigo más claro de la SADE: su anterior socio, Leopoldo Marechal. Para los escritores antiperonistas de SADE ésta era una actitud inaceptable. Los límites eran claros: o se estaba de un lado o del otro, no podía haber convivencia alguna con los peronistas, ni aun para interceder por los presos. A la distancia, Giusti dirá que no firmó el petitorio porque consi-

Aunque es claro que durante la presidencia de Borges la SADE bajó aún más sus niveles de oposición, ésta era una actitud que se seguía de lo que la institución venía haciendo hasta entonces. Aun para el combativo Erro el antiperonismo tenía límites y en esto estaban de más las actitudes heroicas. Probablemente el no defender a los escritores fue un límite demasiado estrecho pero que en ese entonces apareció como una estrategia de supervivencia. Un contexto más hostil y unos hombres menos combativos dieron lugar a esa actitud. Un año después de lo previsto –en octubre de 1953– asumió un nuevo presidente en la sociedad de escritores: el poeta y periodista, colaborador del diario *La Prensa*, José Luis Lanuza. La presidencia de Lanuza se pareció en un principio mucho a la de su antecesor, no sólo porque ambos presidentes enfrentaron problemas similares, sino porque asumieron la misma actitud ante la situación. Nuevamente el gobierno, en lo que era un contexto aún más polarizado, prohibió las reuniones de la institución, pero no sólo las asambleas sino también sus actividades culturales. Así, una detrás de otra, por declaradas “razones de seguridad pública” se suspendieron las conferencias de Francisco Romero, Córdoba Iturburu, Leónidas de Vedia, las entregas de premios previstas y las presentaciones de libros y revistas. Otra vez la asociación dirigió cartas a la policía y al ministro, en las que descartaba el carácter político de las conferencias. Nuevamente entre 1953 y 1954 varios socios fueron encarcelados, entre otros el escritor de izquierda, socio activo de la institución, Carlos Agosti. Por juzgar que el ambiente no era propicio, la SADE se abstuvo de defender a sus miembros.⁷² En un principio Lanuza repitió uno a uno lo actuado por la gestión de Borges. Ante una represión mayor la postura de la SADE era clara: el rechazo al peronismo se convertía en una “cuestión privada y de la conciencia” de sus asociados. Si bien era cierto que era un objetivo central de la institución defender la libertad intelectual y a la distancia uno hubiera querido una posición más heroica, los escritores de la SADE percibían que lo que estaba en juego en aquel contexto era la propia supervivencia de la institución.

Para mediados de 1955, la Argentina era una sociedad en crisis. El conflicto con la iglesia había derivado en la polarización de la sociedad entera. Había indicios certeros de que el gobierno peronista estaba agonizando. Los rumores de golpes y conspiraciones abundaban, se percibía, como dio en llamarlo Federico Neiburg, “una sensación de vísperas”.⁷³ Era claro que algo estaba por cambiar y así lo percibió la SADE, que dejó de juzgar inoportunas las negociaciones por sus afiliados aun cuando la policía seguía prohibiendo las reuniones de la sociedad y comenzó a interceder por sus asociados encarcelados.⁷⁴ Por primera vez desde octubre de 1945 la asociación expuso sin tapujos su opinión con respecto a la situación política del país. Ante el pedido de pacificación del presidente que siguió al golpe de junio de ese año,

deró que “los amigos presos eran quienes más se oponían a obtener la libertad por ese camino oblicuo”. Roberto Giusti, *Visto y vivido*, cit., p. 262. Véase, además, “Un grupo de escritores solicitó la libertad de varios colegas detenidos”, en *La Prensa*, 13 de junio de 1953, p. 5, y Leónidas Barletta, “Problemas del escritor”, en *Propósitos*, 11 de agosto de 1955.

⁷² A pesar de que varios miembros de la institución así lo requirieron, la SADE también decidió no hacer declaraciones sobre los conocidos sucesos de Guatemala que terminaron con el gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz ante las presiones de los Estados Unidos. La política exterior de Perón era ambigua frente a la situación y la oposición lo percibía como un abandono de la declamada solidaridad con los pueblos americanos a cambio de las inversiones norteamericanas que se planificaban en el país.

⁷³ Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1998, p. 181.

⁷⁴ Desde principio de 1955 la SADE volvió a interceder ante el ministro del Interior por los asociados presos alegando “el deber que la sociedad (tenía para) un colega en ese trance”. Véase SADE, Acta No. 556, 21 de marzo de 1955; SADE, Acta No. 557, 4 de abril de 1955 y Acta No. 558, 18 de abril de 1955.

la sociedad de escritores envió un comunicado a la prensa en el que abogaba por el fin del estado de guerra interna declarado por el Ejecutivo, que permitía al Estado violar las libertades individuales, mientras dejaba claro en dicho manifiesto que la pacificación sólo iba a tener viabilidad si antes el gobierno terminaba con la represión a la oposición y por supuesto a la institución en particular. El manifiesto declaraba que sólo “suprimiendo las detenciones sin causa, sin juicio y sin explicación, y dejando sin efecto las prohibiciones de actos literarios” se iba a dar un gran paso en pos de la paz interna. Al mismo tiempo, la asociación:

[...] sugiere dentro de la órbita cultural que le compete— la abolición de las trabas impuestas al periodismo, al que se debe permitir amplia libertad de información [...] la exclusión de la política en las instituciones educacionales y el levantamiento de toda obligación de agremiación forzosa en entidades políticas o profesionales.⁷⁵

La respuesta de la SADE ante el pedido de pacificación poco se diferenciaba de la que habían acercado otras fuerzas de la sociedad civil. Lo que debe sorprender es en cambio el hecho de que la institución se manifestó públicamente en un estilo que mucho tenía que ver con la SADE de principios de la década de 1940. Había un evidente paralelismo entre el manifiesto de agosto de 1955 y el manifiesto fechado 10 años antes, en agosto de 1945, en que la sociedad abogaba por el retorno a la normalidad constitucional.⁷⁶ ¿Era éste un indicio de que la institución estaba volviendo al curso interrumpido por el surgimiento del peronismo? ¿Había sido el peronismo sólo un mero paréntesis en su historia? Aunque aún era demasiado temprano —Perón seguía siendo presidente— la SADE se estaba preparando para los días que venían: quien tuviera un pasado antiperonista iba a ser beneficiado.

Un pasado antiperonista para la SADE

En ese contexto, asume un nuevo presidente en la institución: el poeta Vicente Barbieri, el 15 de agosto de 1955. Dos meses después se produce la denominada “Revolución Libertadora”, que termina a través de un golpe militar con el gobierno de Perón. Barbieri era un conocido antiperonista, que iba a convertirse en acérrimo defensor del nuevo gobierno. Como era de esperar, la SADE celebró los acontecimientos. En un comunicado público la institución expresó su adhesión a la nueva administración, pero al mismo tiempo sacó a relucir su propia historia de resistencia antiperonista y la consecuente persecución. En el comunicado la asociación relataba la represión de que había sido objeto.⁷⁷ La intención —aunque no fuese manifiesta era evidente— de la sociedad y por este medio de sus asociados residía en adjudicarse un espacio central en el nuevo escenario. No sólo procuraban escapar de la marginali-

⁷⁵ SADE, Acta No. 564, 8 de agosto de 1955.

⁷⁶ SADE, Acta No. 388, 31 de julio de 1945.

⁷⁷ El comunicado expresa que la institución “celebra con júbilo el fin de un régimen que cercenaba el ejercicio de los más sagrados derechos de la ciudadanía y de la cultura”. A la vez que señala que “durante largo tiempo esta sociedad vio trabadas sus actividades. Sus conferencias, sus cursos de arte y de literatura y sus reuniones de difusión intelectual fueron prohibidas. Muchos de sus asociados, conocidos profesores y escritores, sufrieron persecución y encarcelamiento, y no pocas veces la entidad debió afrontar la difamación [...]”. Véase SADE, Acta No. 569, 24 de septiembre de 1955.

dad a la que habían sido expuestos por el peronismo sino que intentaban convertirse así en actores clave en la reconstrucción de la Argentina sin Perón. ¿Qué buscaban los escritores, si no, visitando al general Lonardi días después del golpe? En forma expresa los escritores fueron para “agradecer la distinción nominativa a miembros de la institución”⁷⁸ en puestos de gobierno. A Victoria Ocampo le habían ofrecido el cargo de embajadora; Jorge Luis Borges había sido nombrado director de la Biblioteca Nacional; José Luis Romero interventor de la Universidad de Buenos Aires, Vicente Barbieri director de la revista *El Hogar*, Ernesto Sábato director de la publicación *El Mundo*, Roberto Giusti director del Instituto de Literatura Iberoamericana de la UBA, Vicente Fatone embajador en la India, y por supuesto la lista podría ampliarse.

El fin del peronismo determinó una batalla dentro del campo intelectual para apropiarse de una supuesta tradición antiperonista.⁷⁹ La SADE se construyó una historia de militancia opositora que claramente no coincidía con lo actuado por la institución. Si hubo escritores que tuvieron una militancia antiperonista ésta nunca fue en representación de la asociación. Pero aun dentro de la institución misma ese pasado (real o “inventado”) operaba como una legitimación más allá de cualquier cuestionamiento. La historia era construida a través de ciertos datos: quien había sido exonerado de la universidad o se había visto perjudicado por el gobierno se convertía automáticamente en un antiperonista militante. Lo mismo era aplicable para la SADE: si fue perseguida eso sucedió porque ella era opositora al gobierno. Cuando estos datos no resultaban suficientes, el mismo silencio, la “no-colaboración” de sus escritores se presentaba como la evidencia del pasado antiperonista de la agrupación y de sus miembros. Como afirmó uno de sus poetas asociados: “con sólo negarse a las genuflexiones de rigor, con sólo mantenerse en la SADE, ese benemérito reducto de la inteligencia libre, salvaron su dignidad y la de nuestras letras”.⁸⁰ Ese pasado “construido” constituía una estrategia clara, era una historia que operaba como una fuente de legitimidad hacia el futuro. Roberto Giusti lo expresó con claridad al afirmar que:

Validos de esta fuerza moral que nos concede un pasado limpio, los afiliados de la SADE tenemos el derecho, no digo a ejercer represalias, pero si a mantenernos vigilantes para exigir que no sean indultados moralmente los que pecaron contra la libertad de la inteligencia.⁸¹

La SADE y los escritores protagonistas de esta historia lograron (en el corto plazo) adjudicarse con éxito ese pasado “gloriosamente antiperonista” y muchos de los escritores consiguieron ese rol preponderante (en relación con el Estado) en la “Argentina de la Libertadora”. El hecho de que el nuevo gobierno los escogiera para puestos claves, como dirigir la Biblioteca Nacional,

⁷⁸ Véase SADE, Acta No. 570, 4 de octubre de 1955, y Acta No. 571, 18 de octubre de 1955.

⁷⁹ La batalla tomó ribetes casi ridículos cuando desde las páginas de la revista *Mayoría* se desarrolló una polémica sobre la participación de escritores de la institución en revistas peronistas. Para el bando “peronista” el sentido de la polémica era “demostrar que hubo vinculación cultural entre el peronismo oficialista y el antiperonismo oficial”. Para los escritores de la SADE la intención era negar “cualquier tipo de colaboración”. Véase Patricio Finnegan, “Si los escritores auténticamente democráticos se negaron a tener ningún contacto con el peronismo, no cabe duda de que la SADE está poblada de intelectuales totalitarios”, en *Mayoría*, 5 de febrero de 1959; Angel Pineda, “Los socios de la SADE –benemérita institución, reducto de la inteligencia libre– también escribían en las revistas oficiales del peronismo”, en *Mayoría*, 26 de marzo de 1959; Angel Pineda, “Una carta aclaratoria del escritor Delio Panizza: hechos, circunstancias y conclusiones que de la misma se extraen”, en *Mayoría*, 16 de abril de 1959.

⁸⁰ Enrique Fernández Latour, en *Mayoría*, 8 de enero de 1959.

⁸¹ Roberto Giusti, en “Roberto Giusti. Gran Premio de Honor 1957-1958”, SADE, *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, año 1957-1959.

implicaba aceptarlos como símbolos de la resistencia antiperonista. Internamente, sin embargo, la institución no fue tan exitosa; la gestión de la asociación durante el peronismo y el papel de varias de las figuras intelectuales que se presentaban como emblemas del antiperonismo fueron discutidos. No todos los escritores de la SADE aceptaron ese “pasado” que la institución intentó adjudicarse, simplemente porque muchos de ellos hacía tiempo que venían señalando sus diferencias. Por lo que si bien el escenario creado por la Revolución Libertadora significó un contexto propicio para varios miembros de la sociedad, el legado del peronismo tuvo costos para la SADE. El consenso dentro de las filas de la institución llegó comprometido a septiembre de 1955.

Sabido es que para la intelectualidad argentina la “fiesta” que la Libertadora significó se terminó pronto y que el consenso antiperonista se resquebrajó mucho antes de lo esperado en las postrimerías de septiembre de 1955. Según la crítica, tan sólo meses después de la revolución la inteligencia antiperonista se embarcó en una disputa por el significado mismo de este fenómeno que terminó con la cohesión del grupo.⁸² Emblemáticos de esta ruptura fueron los reiteradamente citados debates entre Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato. No es materia de este trabajo discutir sobre el móvil y el espesor real de esta aparente “ruptura del consenso antiperonista”.⁸³ Lo cierto es que los acontecimientos internos de la SADE muestran que aún antes del golpe de 1955 y luego de éste había una dificultad esencial que imponía límites al consenso de los intelectuales antiperonistas. La definición hacia el pasado y hacia el futuro del antiperonismo tanto en un plano institucional como en un plano ideológico implicaba un punto claro de tensión entre los escritores de la SADE. En síntesis, no todos aceptaban la forma en que la SADE había actuado bajo el régimen de Perón, y no todos coincidían en la forma en que lo hacía bajo el gobierno de la Revolución Libertadora. La posición que la asociación había tomado frente a las medidas represivas ejercidas por el Estado durante el gobierno de Perón, especialmente la negativa a defender a sus asociados, fue una actitud que algunas voces discutieron dentro de la institución. Éstas constituían en ese entonces una minoría incapaz de modificar la política de la institución y su lucha no logró quebrar su línea. Por otro lado, durante los días del peronismo, las críticas parecían no comprometer la unidad, no sólo porque éstas eran demasiado minoritarias como para ser tenidas en cuenta sino porque la existencia de un enemigo les restaba importancia. Había algo así como un consenso de que ante todo y más allá de las divergencias, era necesario preservar la unión de los intelectuales. El rechazo al peronismo desdibujaba las disputas, y la ruptura con la SADE estaba fuera de la agenda de los escritores que cuestionaban a la institución.

Caído el peronismo, las voces que objetaban la actuación de la SADE se hicieron más notorias. Entre ellos se encontraba el polémico Barletta, que no tuvo reparos en censurar desde su diario la gestión de la asociación, juzgando que para 1955 “el prestigio moral de la institución (se había) desmoronado al no participar en primera fila en la lucha por la democracia, por las libertades civiles, por la libertad de prensa, por los presos políticos”.⁸⁴ Desde las mismas páginas el escritor José Pedroni declarará “que el silencio de la SADE no puede más

⁸² Para una discusión sobre este tema véase Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur Editores, 1991.

⁸³ Para una discusión sobre ese tema véase Flavia Fiorucci, “El fin del consenso antiperonista”, Ponencia presentada en las jornadas “Perón del Exilio al poder”, II, agosto de 1999, Centro Borges, organizadas por la Universidad Tres de Febrero.

⁸⁴ Leónidas Barletta, “Problemas del Escritor”, en *Propósitos*, 11 de agosto de 1955. Véase también José Ariel López (seudónimo de Leónidas Barletta), “El día del escritor”, en *Propósitos*, 16 de junio de 1955.

que (apesadumbrarlo), como asociado a la misma y como ciudadano”.⁸⁵ Claramente estos escritores, más algunos de los “presos no defendidos”, no estaban dispuestos a aceptar el anti-peronismo “glorioso” que la SADE se adjudicaba. Era evidente que internamente después de la Revolución Libertadora el pasado, más que una fuente de legitimidad, constituía una razón de disputa.

En 1955, de cara al futuro la SADE retomaba las viejas consignas que había abrazado en el congreso de Tucumán en 1941, reafirmando su compromiso con la libertad y la democracia. Consignas que, vale mencionar, pronto parecieron anacrónicas para una porción de estos intelectuales que percibían que la sociedad pos-Perón poco se parecía al país de quince años antes. Sin embargo, en la asociación el consenso interno recién se quebró efectivamente cuando la institución debió definir su relación con el gobierno de la Revolución Libertadora en 1956. En el seno de este agrupamiento que había recibido al gobierno de la Revolución Libertadora “como el fin de un régimen que cercenaba el ejercicio de los más sagrados derechos de la ciudadanía y de la cultura”,⁸⁶ comenzaron a aparecer ciertas voces que cuestionaban al gobierno provisional.⁸⁷ El punto de apertura del debate se suscitó cuando la institución debía decidir en julio de 1956 la conveniencia o no de solicitar fondos al gobierno para realizar el Congreso del Escritor.⁸⁸ Las opiniones estaban divididas entre aquellos que consideraban que no se podía pedir fondos a un gobierno inconstitucional⁸⁹ señalando incluso, como el escritor Enrique Anderson Imbert, que “pidiendo ayuda al gobierno este congreso nacería con un pecado original insalvable”,⁹⁰ porque comprometería la misma libertad de expresión de los escritores. Quienes se rehusaban a pedir el apoyo gubernamental intentaban reservarse un espacio para la crítica libre. Barbieri, el presidente de la SADE, rechazó esta postura, alegando que “con lo que ha hecho la Revolución Libertadora se ha ganado ampliamente la confianza de los escritores”.⁹¹

En el fondo lo que estaba en discusión era si la SADE se convertía en una instancia de legitimación de las políticas del gobierno. El rol preponderante que la sociedad y muchos de sus escritores buscaron deliberadamente adjudicarse en la “reconstrucción” de la Argentina pos-Perón –apelando a una historia de resistencia antiperonista– colocaba a ésta y a sus miembros dentro de la esfera del “oficialismo”.⁹² Si la SADE y sus escritores eran partícipes del

⁸⁵ José Pedroni, “Problemas del Escritor”, en *Propósitos*, 11 de agosto de 1955.

⁸⁶ Véase SADE, Acta No. 569, 24 de septiembre de 1955.

⁸⁷ Paradójicamente, esta institución no estuvo presente en la disputa entre nacionalistas católicos y liberales que terminó con la corta experiencia gubernamental del general Lonardi. Lonardi colocó en puestos gubernamentales a figuras clave de la militancia católica, muchas de las cuales tenían un pasado peronista, lo que contrarió a los sectores antiperonistas más reaccionarios y concluyó en el derrocamiento de Lonardi.

⁸⁸ La organización del Congreso también suscita un debate acerca de la naturaleza del peronismo. Los miembros de la SADE se preguntan si el Congreso del Escritor debe ser de carácter extraordinario en tanto después del peronismo el panorama social del país es otro y ello no se puede pensar que es posible una vuelta atrás en el tiempo como si nada hubiera sucedido. Véase Acta No. 573, 27 de diciembre de 1955.

⁸⁹ Esta posición es sostenida por Gonzáles Lanuza.

⁹⁰ Véase SADE, Acta No. 587, 22 de septiembre de 1956.

⁹¹ SADE, Acta No. 587.

⁹² Estas polémicas reflejan un cuestionamiento mayor al gobierno provisional; parafraseando a Barbieri, es la “confianza” en los militares para conducir la desperonización de la Argentina la que está en juego. A partir del inicio de esta discusión, en julio de 1956, hasta octubre, estas polémicas parecen repetirse. La SADE registra en sus actas la prohibición por parte del gobierno de que realice ciertos actos culturales y ordena comisiones que investiguen al respecto. Si bien se resuelve que las prohibiciones no fueron hechas por mandato del gobierno, el consenso dentro de las filas de la SADE comienza a mostrar signos evidentes de ruptura. Hay quienes comienzan a cuestionar el estado de sitio y el cercenamiento a las libertades en pos de la desperonización.

“reordenamiento” del país, obviamente no había espacio para la oposición. Emblemática de esta polémica fue la renuncia casi escandalosa del vicepresidente de la institución –en ese entonces presidente en ejercicio porque Barbieri había muerto–, doctor José Luis Romero, en mayo de 1957, por la suspensión de la organización del Congreso del Escritor. El Congreso fue cancelado, dado que la Comisión Directiva de la institución no estimó conveniente la deliberación de los escritores en ese momento. Romero declaró al diario *La Nación* su indignación ante quienes “prefieren la inmovilidad al libre coloquio”, a la vez que llamó la atención a “los escritores que se autolimitan en el uso de la libertad de expresión con argumentos demasiado prudentes invitándolos a reflexionar sobre si no han sido y son renunciamentos de esa índole que luego justifican las limitaciones autoritarias que nos imponen las dictaduras”.⁹³ El comentario es ilustrativo de la lucha que se daba internamente en la institución; por un lado los escritores que compartían la opinión de Romero no estaban dispuestos a aceptar que la SADE se convirtiera en un apéndice del Estado sin siquiera guardarse un espacio para el debate, y, por el otro lado, era el pasado de la institución el que volvía a la discusión.⁹⁴ En síntesis, lo que estaba en el centro de la controversia era el rol de la asociación y de los escritores miembros de ésta en la Argentina pos-Perón y esto implicaba un cuestionamiento al lugar que la asociación había tenido en el pasado.

Conclusión

A esta altura es posible concluir que si bien es claro que la SADE fue una institución “hostigada” por el peronismo, la descripción que Borges hace de la misma durante los años del peronismo es una “historia construida” para asegurar a la asociación y a sus escritores una posición ventajosa en la Argentina inaugurada por la Revolución Libertadora. La oposición de la SADE a Perón discurrió sobre límites bien estrechos. La asociación, que desde principios de la década de 1940 se había politizado iniciando una lucha por los valores de la democracia y la libertad, durante los años del peronismo redujo significativamente el alcance de su labor. El peronismo “desacelera” claramente ese ciclo de politización y la institución se limita a defender los intereses del gremio cuando considera que esto es posible. Sólo cuando fue evidente que el régimen estaba agotado acercó una condena en términos generales al gobierno. Tras el “objetivo” de sobrevivir, la institución se abstuvo de defender a sus asociados presos, aun a personas clave en el seno de la institución, como fue el caso del ex presidente Erro.

En líneas generales se podría afirmar que el antiperonismo de la institución no varió demasiado en su naturaleza durante los diez años de gobierno de Perón. Las condenas al gobierno nunca fueron generales y la institución manifestó su oposición en una forma reactiva. La SADE sólo reaccionaba cuando sus intereses específicos se veían comprometidos. Sin embargo, es posible percibir a través del período una agrupación que cada vez se va silenciando más y esto tiene que ver con dos razones: los hombres y el contexto. En primer lugar, es claro que

⁹³ Véase *La Nación*, domingo 5 de mayo de 1957, p. 6.

⁹⁴ Romero ya había dado muestras de que difícilmente acataría sin cuestionar las directivas del nuevo gobierno. Nombrado por el gobierno de Lonardi interventor en la UBA, renunció pronto, cuando el gobierno comenzó a dar indicios de que apoyaría a los sectores católicos con intenciones de fundar universidades. Romero fue opositor tanto del gobierno de Lonardi, como posteriormente del de Aramburu.

por razones ideológicas y de personalidad los primeros presidentes de la SADE durante este período (Barletta y Erro) son más combativos que Borges, Gonzáles Lanuza o Barbieri, y en segundo lugar es cierto también que el gobierno se vuelve cada vez más represivo contra la SADE, limitando aún más el espacio para la oposición. La conjunción de hombres y contexto dio lugar a que el antiperonismo de la institución fuera más visible en los primeros años de la década aquí estudiada que en los últimos. Pero el marco por donde discurrió el antiperonismo no se modificó, las variaciones entre la gestión de las distintas comisiones directivas no deben soslayar el hecho de que ni los combativos Erro o Barletta lograron una condena general del peronismo.

Muchos de los escritores de SADE creían que sobreviviendo y realizando la tarea cultural a la que estaban abocados ejercían una forma de resistencia: a la incultura del peronismo le oponían sus conferencias, cursos y premios. Había cierta percepción compartida de que por más apolítico que fuera, en aquel contexto cada acto cultural se convertía en un acto político. Éste es por ejemplo el caso de la distribución de premios: otorgar el Gran Premio de Honor a un escritor “agraviado” por el gobierno se convertía en una forma de resistencia y en una forma de ejercer poder y control dentro del campo intelectual. Sin embargo, aunque esto fuera cierto y estos escritores creyeran que efectivamente celebrando a Echeverría se oponían a la acción del gobierno, no hay que perder de vista que la SADE era el gremio de los hombres de letras. La institución tenía un rol que no tuvo por ejemplo una revista como *Sur*,⁹⁵ al menos con sus asociados. Por lo que si bien se puede ver cierta intencionalidad política en el cronograma de actividades de la SADE, éstas no pueden ser consideradas el foco de análisis de la “oposición” de la institución. La SADE había sido creada para defender los intereses de los escritores, no como asociación cultural, y bajo este marco es que se debe considerar el accionar de la institución. En ese sentido, el papel de la asociación fue más que desalentador si pensamos que se negó a defender a sus miembros encarcelados. El interrogante obvio que estos hechos suscitan es ¿tenían los escritores otra opción? ¿Podrían haber actuado de una forma diferente? Es imposible saber si asumiendo una posición más combativa la institución hubiera logrado su supervivencia; sin embargo, es evidente que ella no fue capaz de asumir el compromiso que había asumido a principios de la década de 1940. Como afirmó Tony Judt: “intellectuals are not commonly thought of as the stuff from which heroes are made”,⁹⁶ y no es innato a su naturaleza tener coraje o actuar siempre esclarecidamente.

¿Puede hablarse de una estrategia de oposición por parte de la asociación contra el gobierno de Perón? Lo cierto es que, deliberada o no, la “estrategia” de la institución fue “despolitizarse” para sobrevivir y conservar la autonomía,⁹⁷ aunque esto implicara subordinar sus propios objetivos. Aunque desde el punto de vista de la supervivencia la estrategia fue exitosa, sin embargo, en el camino la SADE perdió legitimidad (entre sus pares) y pese a ello la institución fue silenciada y hostigada. El éxito (hasta cierto punto) llegó después, cuando la SADE se adjudicó un pasado glorioso para acomodarse a la Argentina pos Libertadora. En cuanto al funcionamiento interno de la asociación, el peronismo desdibujó las disputas dentro de sus fi-

⁹⁵ La revista tampoco hizo mención directa del encarcelamiento de los escritores en 1953, entre los cuales estaba su directora (Victoria Ocampo).

⁹⁶ Tony Judt, *Past Imperfect. French Intellectuals, 1944-1956*, Los Ángeles, University of California Press, 1992, p. 55.

⁹⁷ Esta independencia buscaba que la SADE no fuera intervenida, como sucedió con las distintas Academias.

las. Más allá de ciertos y limitados cuestionamientos al papel de la institución en la defensa de los escritores presos, la SADE no fue un espacio de deliberación para los escritores. Las polémicas estuvieron ausentes durante estos años en las reuniones de la SADE, prueba de lo cual es que muchos escritores peronistas continuaron asociados a la institución y ello no implicó un debate interno. Éste fue un efecto claro de ese ciclo de la “politización” que se “desaceleraba” en pos de la supervivencia institucional. Al mismo tiempo, esta “despolitización” implicaba una transformación de la naturaleza del rol de los intelectuales; al menos para el caso de estos escritores, el peronismo significa el abandono del modelo de intelectual comprometido en la defensa de la democracia y los valores de la civilización por un intelectual recluido en los límites de su profesión.

Después de la Revolución Libertadora la asociación recuperó su identidad de defensora de los valores de la democracia. Para esto la SADE se colocó en el espacio de adhesión sin cuestionamientos al régimen inaugurado en septiembre de 1955. Al principio el sabor de la “victoria” eludió las disputas, pero a medida que iba pasando el tiempo la SADE y sus escritores más relevantes encontraban la definición de su propia identidad y un lugar en la Argentina pos-Perón cada vez problemático. La historia posterior excede el alcance de este trabajo, pero los acontecimientos que se dan en la SADE en los meses posteriores al golpe que terminó con el gobierno de Perón permitían vislumbrar que el peronismo tendría repercusiones claras en la cohesión de la denominada franja intelectual democrática.

Antes de concluir, es necesario señalar que en cuanto a las consecuencias en un nivel “más material” el gobierno de Perón no tuvo mayor impacto en el curso de la sociedad. En primer lugar, la SADE logró durante este período la adquisición y remodelación de una sede propia. Al mismo tiempo, la institución aumentó el número de sus asociados en forma considerable. Aunque no hay datos precisos sobre la cantidad de nuevos socios, las actas de la institución dan cuenta de nuevos ingresos, lo que es juzgado por la misma SADE como un “índice elocuente de (su propio) prestigio”.⁹⁸ La fundación de la “contra-SADE peronista” (ADEA) no representó un desafío real a la hegemonía de la asociación aquí estudiada en el campo literario. Para 1950 ADEA no tenía ningún vigor, hasta sus fundadores la habían abandonado (como es el caso de Manuel Gálvez) y pese a los embates del gobierno la SADE seguía siendo el gremio por excelencia de los hombres de letras.⁹⁹ □

⁹⁸ SADE, Acta No. 521, 31 de agosto de 1953. En el año 1954 ingresan 47 nuevos socios y otra vez esto es calificado como un “síntoma de la vigencia de la sociedad”. SADE, Acta No. 546, 31 de agosto de 1954.

⁹⁹ Tal como la misma institución lo clarifica, “un índice claro del prestigio intelectual y moral de nuestra sociedad, es el pedido de sociedades culturales para que miembros de la SADE formen parte de sus jurados literarios”. Véase Acta No. 521.